

Sociología

MICHAEL HARRINGTON. LA CULTURA DE LA POBREZA EN LOS ESTADOS UNIDOS. Traducción de Emma Susana Speratti. Colección Fondo de Cultura Económica. México. 1963. 243 páginas.

El sistema de estratificación social siempre ha constituido un motivo atrayente para la investigación sociológica. El rol fundamental atribuido al estrato en la cualificación de otros fenómenos sociales, acaso justifica los esfuerzos del sociólogo por intuir allí algunas notas esenciales que posibiliten configurar una teoría general de la sociedad que subsuma bajo su signo los resultados, aparentemente inconexos y hasta contradictorios, obtenidos en el examen de problemas sociales específicos.

Desde sus inicios, la sociología norteamericana ha manifestado un marcado afán por analizar la estructura social pretendiendo, de este modo, inferir el orden legal que justifique la dinámica estratificaria de la sociedad. T. Veblen (Teoría de la clase ociosa); J. Riis (How the other half lives); J. Dollard (Caste and class in the southern town); L. Corey (The crisis of the middle class); Warner W. L. (Social class in the United States); Hollingshead (Elmtown's youth); K. Mayer (Class and society), representan algunos hitos en esta ardua empresa.

En la misma perspectiva indicada está inserta la obra en referencia, aunque, en rigor, no puede sostenerse que "La cultura de la pobreza" satisfaga las exigencias del método científico.

En términos generales, Harrington sostiene la tesis de que dentro de las fronteras norteamericanas es posible advertir la presencia de dos estratos perfectamente definidos: de un lado, una sociedad opulenta, cimentada en una próspera economía diversificada y, de otro, una sociedad subdesarrollada, formada por unos 50 millones de individuos —casi el cuarto de la población total del país— y que se debaten en miserables condiciones de existencia. Piensa el autor que al trascender la mera descripción formal para introducirse en la indagación causal, examinando la orientación de la legislación federal y estatal, de la política económica, del sindicalismo y de los partidos políticos, nos es difícil percibir la mutua relación condicionante que existe en el origen de ambas modalidades de vida.

Percibir una dualidad de estratos sociales amplios e interdependientes no es, a esta altura, una postura original. Al contrario, Harrington únicamente reitera posiciones anteriores. Mas la convergencia de resultados en torno de una realidad común, no hace sino objetivar con mayor nitidez una situación cuyo dramatismo impide ignorarla. No obstante carecer de originalidad en este sentido, el mérito del autor reside en haber formulado una teoría de la pobreza que, partiendo de la realidad norteamericana, la supera por sus alcances universales.

Señala el investigador que al margen de los criterios manejados para definir la pobreza, lo primordial es que ella constituye la sustantivación

de una forma integral de existencia. Desde el punto de vista antropológico, conforma una cultura y no la pura categoría económica de la concepción tradicional. Como toda cultura es un sistema de factores interdependientes —económicos, educativos, sanitarios, políticos, etc.— cuya acción simultánea en el individuo hace de su vida un círculo vicioso: el individuo pobre no posee un trabajo estable; si no posee un ingreso regular se alimenta mal; si está desnutrido, lo más probable es que se enferme; su mala salud determina que no posea un trabajo estable... De esta manera gira el círculo. El individuo atrapado en su radio por su propio esfuerzo no puede escapar de allí. Para sacarlo se requiere de una poderosa fuerza que se origine en los márgenes exteriores de la circunferencia.

En lenguaje llano, la imagen del círculo significa que el único camino para solucionar el problema consiste en un programa de ayuda dirigido y ejecutado desde los niveles directivos del gobierno federal. Como puede advertirse, Harrington oscila entre el planteamiento científico y el planteamiento político, entre “lo que es” y “lo que debe hacerse”. Este movimiento pendular será no sólo lo característico de cada uno de los capítulos de la obra, sino, también, el factor que relativizará el aporte del autor a la investigación científica.

Motivos sociológicos y políticos, conceptos erróneos y prejuicios impiden al americano corriente apreciar la magnitud con que la pobreza arraiga en su propio territorio. Entre otros agentes —indica Harrington— contribuye a fomentar esta insensibilidad, una prensa que día tras día pregona que el avance tecnológico, la producción en masa, la hegemonía económica mundial, la saturación de la educación primaria, etc., han originado la rápida movilidad de las clases sociales más bajas hacia los estratos superiores, convirtiendo, así, al país en una gran sociedad sin clases.

Con admirable honestidad reconoce el autor las dudas que le asaltaron al examinar las estadísticas recopiladas en la etapa previa de su labor. Las cifras le señalaban de manera inequívoca que entre 40 y 50 millones de seres humanos padecían hambre, carecían de vivienda, no tenían atención médica hospitalaria y encontraban limitadas sus posibilidades de instruirse en la sociedad más opulenta de la tierra. Sin embargo, como la mayoría de sus compatriotas, tampoco él ha percibido sensorialmente la pobreza. Este hecho y la objetividad de las cifras son los elementos que lo llevan a sostener que en los Estados Unidos “la pobreza es invisible”.

Muchas instancias confluyen para que el norteamericano no vea al individuo pobre: aunque el pobre padece de hambre, las comidas baratas lo han hecho “engordar de hambre”; habita en chozas levantadas en los valles alejados de las carreteras o vive apretujado en colectivos suburbanos; la producción industrial en masa lo hace vestir con relativa decencia; no está, tampoco, en edad de ser visto, puesto que su edad —60 años y más— lo obliga a permanecer en el reducido margen del vecindario común. Por otra parte, el ciudadano pobre está fuera de la experiencia viva y emotiva de la otra Norteamérica porque, también, es “políticamente invisible”, es decir, no está afiliado a ningún organismo que lo represente,

ni a sindicatos ni a partidos políticos y, siendo así, los políticos profesionales permanecen alejados de este submundo carente de rostro y voz.

Los rasgos de la pobreza estadounidense no difieren cualitativamente de los de cualquier otro país del universo. Como en cualquier lugar, el núcleo familiar está desintegrado: convivencia marital, embarazos tempranos, promiscuidad, hijos abandonados, etc. Las posibilidades de acceso a la educación son limitadas: menos de seis años de estudios, falta de especialización profesional, etc., oportunidades de atención médica y hospitalaria restringidas: más de un millón y medio de individuos padece de trastornos mentales, una cifra semejante son oligofrénicos, una cantidad superior son enfermos crónicos sin hospitalización, etc. El desempleo es sobre el 7% de la fuerza laboral; en forma intermitente el cesante encuentra ocupación pero las posibilidades de reencontrarlo tienden a acrecentarse a largo plazo. El ingreso familiar anual es de menos de 200 dólares promedio, sin deducir los impuestos que alcanzan al 29% de esa cifra. (Paradójicamente las familias con más de 10.000 dólares anuales promedio, entregan sólo el 24% por el mismo concepto).

A pesar de tales caracteres generales, el estrato de la pobreza no constituye una entidad homogénea. Harrington distingue tres matices o subculturas esencialmente diferentes en su composición social: el grupo formado por los BEATS, bohemios e intelectuales que procediendo de las capas medias participan de la miseria física del estrato bajo; el grupo formado por los alcohólicos que viven de la mendicidad y un contingente mayor compuesto por los ex campesinos que emigran desde el área rural en busca de mejores horizontes y se establecen en las zonas bajas suburbanas. Integran, además, este último núcleo, los desocupados de la industria bélica del 40 que, por motivos distintos, no regresaron a sus zonas de origen.

Paralelamente al diseño del perfil de esta cultura, el autor se va introduciendo en el análisis de sus elementos causales, explicitando los alcances y consecuencias de distintos factores. Unos económicos, como el gran desarrollo de la producción masiva o la revolución tecnológica de la agricultura. Otros políticos, como la legislación sobre salario mínimo o la referente a seguro social. O bien raciales, como la discriminación ocupacional frente al negro o a las minorías latinoamericanas. O, por último, psicológicos, como las desesperanzas del depauperado o su sometimiento sin aspiraciones a un destino fatal.

Una deficiente comprensión de la naturaleza estructural del fenómeno de la pobreza ha determinado los repetidos fracasos de los intentos organizados para exterminarla. Hasta hoy, señala Harrington, los programas elaborados tanto por el gobierno federal como por el de los Estados, han trabajado sobre componentes aislados sin afectar su estructura esencial. Una campaña para confirmarla en definitiva, deberá considerarla comprehensivamente, atendiendo a todos sus elementos por separado y en sus mutuas implicancias. El poder político y económico del gobierno federal garantiza que es éste el único organismo responsable y efectivo que

debe asumir la tarea de planear y ejecutar la campaña de ataque. Un programa de índole tan trascendental —dirá el autor— no puede estar a cargo de los gobiernos estatales, cuya política, por lo general, dirigida por los conservadores rurales, es antagónica a las necesidades de la Norteamérica invisible.

Como los índices que prevalecen para definir la miseria obedecen a puntos de vista bastantes heterogéneos, el investigador incluye un apéndice con los criterios que ha tenido presente para su propia concepción del fenómeno. En ellos han desempeñado un importante papel las estadísticas proporcionadas por organismos centrales como el Departamento de Comercio, la Oficina de Estadísticas Laborales, la Federación Norteamericana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales.

Basta agregar que desde la perspectiva formal la obra está escrita con la soltura y agilidad de los ensayos de difusión; su estructura es más periodística que académica. Por momentos se exagera el empleo del lenguaje destinado a provocar el impacto emocional. Aunque esto, más que un defecto, puede ser un efectivo recurso manejado deliberadamente para sensibilizar sobre un problema que constituye "un ultraje a la conciencia".

EDUARDO CASTRO S

ARTURO PIGA DACCHENNA. NUEVO HUMANISMO Y TECNOCRACIA. Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. Madrid, 1963.

La personalidad de Arturo Piga Dacchenna es de sobra conocida en nuestro medio. Su probada competencia psicológica como pedagógica le autorizan su incursión en temas de un auténtico contenido humanista, como es el caso de la obra que en este momento nos entrega. En ella el norte de su pensamiento está constituido por una clara y definida concepción de lo humano y a partir de la cual sería posible ir a la superación definitiva de antítesis tan significativas y dramáticas como aquellas que hoy día se reparten el globo. Es probable que en algunos momentos no compartamos las ideas del autor, ya sea por considerar insuficientemente desarrolladas las proyecciones de una concepción, o por estimar que se hace un mal uso de las citas que se manejan, pero aun esto no significa restarle mérito a la obra puesto que ella se encuentra preñada de profundas intuiciones y sugerencias que deben 'golpear' e invitar a la reflexión sería tanto al pedagogo, como al científico y legislador. Para el iberoamericano constituye, además, un llamado para ir a la solución de los problemas educativos y económico-sociales a partir de auténticos recursos y posibilidades y no cimentados sobre un régimen tecnocrático internacional que pesa de un modo, hasta ahora inevitable, en el estilo de vida de nuestros países insuficientemente desarrollados.

En la primera parte de la obra, que el autor titula *El Hombre frente a la Tecnocracia*, nos muestra cómo a partir del descubrimiento de la naturaleza por el hombre, pasando éste de pasivo adorador a orgulloso crea-